La Epístola de Policarpo a los Filipenses

CAPÍTULO 1

1 Policarpo y los presbíteros que están con él, a la iglesia de Dios que está en Filipos: misericordia y paz a vosotros de parte de Dios Todopoderoso; y que el Señor Jesucristo, nuestro Salvador, sea multiplicado.
2 Me alegré mucho con vosotros en nuestro Señor Jesucristo, de que recibierasis las imágenes del verdadero amor, y acompañarais, como era vuestro deber, a los que estaban presos, llegando a ser santos; las cuales son las coronas de los verdaderamente escogidos por Dios y nuestro Señor:
3 Asimismo, que la raíz de la fe, que fue predicada desde la antigüedad, permanece firme en vosotros hasta el día de hoy; y da fruto para nuestro Señor Jesucristo, quien sufrió ser llevado incluso a la muerte por nuestros pecados.
4 A quien Dios resucitó, habiéndolos desatado de los dolores de la muerte, a quien amáis sin haberle visto; en quien, aunque ahora no le veis, creyendo en él os regocijáis con gozo inefable y lleno de gloria.
5 En la cual muchos desean entrar; sabiendo que por gracia sois salvos; no por obras, sino por la voluntad de Dios mediante Jesucristo.
6 Por tanto, ceñidos los lomos de vuestro entendimiento; servid al Señor con temor y en verdad; desechando toda palabra vana y vacía, y el error de muchos; creyendo en aquel que resucitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesucristo, y le dio gloria y un trono a su diestra.
7 A quien todas las cosas están sujetas, tanto en los cielos como en la tierra; a quien adorará toda criatura viviente; que vendrá a ser juez de vivos y muertos; cuya sangre Dios demandará de los que creen en él.
8 Pero el que resucitó a Cristo de entre los muertos, también nos resucitará a nosotros de la misma manera, si hacemos su voluntad y andamos conforme a sus mandamientos, amando lo que él amó;
9 Abstenerse de toda injusticia; afecto desordenado y amor al dinero; de calumnias; falso testimonio; no devolver mal por mal, ni insulto por insulto, ni golpe por golpe, ni maldición por maldición.
10 Pero recordando lo que el Señor nos ha enseñado diciendo: No juzguéis, y no seréis juzgados; perdonad, y seréis perdonados; sed misericordiosos, y alcanzaréis misericordia; porque con la misma medida con que medís, os será medido.
11 Y otra vez, bienaventurados los pobres, y los que padecen persecución por causa de la justicia; porque de ellos es el reino de Dios.

CAPÍTULO 2

1 Estas cosas, hermanos míos, no me tomé la libertad de escribiros acerca de la justicia, pero vosotros mismos me animasteis a hacerlo antes.
2 Porque ni yo, ni ningún otro como yo, podemos alcanzar la sabiduría del bienaventurado y renombrado Pablo, quien, estando él mismo entre los que vivían entonces, enseñó con toda exactitud y solidez la palabra de verdad; y habiendo partido de vosotros, os escribió una epístola.
3 En la cual, si miran atentamente, podrán edificarse en la fe que les ha sido entregada, la cual es la madre de todos nosotros; guiados por la esperanza y el amor general, tanto hacia Dios como hacia Cristo y hacia nuestro prójimo.
4 Porque si alguno tiene estas cosas, ha cumplido la ley de justicia; pues el que tiene amor está lejos de todo pecado.
5 Pero el amor al dinero es la raíz de todos los males. Por lo tanto, sabiendo que así como nada trajimos a este mundo, tampoco podemos llevarnos nada de él, armémonos con la armadura de la justicia.
6 Y enseñémonos primero a nosotros mismos a andar según los mandamientos del Señor; y luego vuestras mujeres a andar igualmente según la fe que les ha sido dada; en caridad y en pureza; amando a sus propios maridos con toda sinceridad, y a todos los demás igualmente con toda templanza; y criando a sus hijos en la instrucción y el temor del Señor.
7 Asimismo, las viudas enseñan que sean sobrias en cuanto a la fe del Señor: orando siempre por todos los hombres; alejándose de toda difamación, calumnia, falso testimonio; de la codicia y de todo mal.
8 Sabiendo que son altares de Dios, quien ve todas las imperfecciones y de quien nada hay oculto; quien escudriña los razonamientos, los pensamientos y los secretos de nuestros corazones.
9 Sabiendo, pues, que de Dios nadie se burla, debemos andar de una manera digna de su mandato y de su gloria.
10 Asimismo, los diáconos deben ser irreprensibles ante él, como ministros de Dios en Cristo, y no de los hombres; no calumniadores, no hipócritas, no avaros, sino moderados en todo, compasivos, prudentes, que vivan conforme a la verdad del Señor, quien fue el servidor de todos.
11 A quien, si queremos, también en este mundo presente participaremos del venidero, según nos ha prometido que nos resucitará de entre los muertos; y que, si andamos como es digno de él, reinaremos juntamente con él, si creemos.
12 De igual modo, los jóvenes deben ser irreprensibles en todo; sobre todo, cuidando su pureza y absteniéndose de todo mal. Porque es bueno apartarse de los deseos que hay en el mundo, ya que todo deseo de este tipo lucha contra el espíritu. Y ni los fornicadores, ni los afeminados, ni los homosexuales heredarán el reino de Dios, ni tampoco los que practican la insensatez y la insensatez.
13 Por tanto, debéis absteneros necesariamente de todas estas cosas, sometiéndoos a los sacerdotes y diáconos como a Dios y a Cristo.
14 Las vírgenes exhortan a andar con una conciencia limpia y pura.
15 Y que los ancianos sean compasivos y misericordiosos con todos; apartándolos de sus errores; buscando a los débiles; no olvidando a las viudas, a los huérfanos y a los pobres; sino proveyendo siempre lo que es bueno delante de Dios y de los hombres.
16 Abstenerse de toda ira, acepción de personas y juicio injusto; y especialmente estar libres de toda codicia.

17 No es fácil creer algo contra nadie; no severos en el juicio; sabiendo que todos somos deudores en cuanto al pecado.
18 Por tanto, si rogamos al Señor que nos perdone, también nosotros debemos perdonar a los demás; porque todos estamos ante nuestro Señor y Dios, y todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, y cada uno dará cuenta de sí mismo.
19 Sirvámosle, pues, con temor y con toda reverencia, como él mismo lo ha mandado, y como nos lo han enseñado los apóstoles que nos han predicado el evangelio y los profetas que han anunciado la venida de nuestro Señor.
20 Siendo celosos de lo bueno; absteniéndose de toda ofensa, y de los falsos hermanos; y de los que llevan el nombre de Cristo con hipocresía; que engañan a los hombres vanos.

CAPÍTULO 3

1 Porque todo aquel que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es el anticristo; y todo aquel que no confiesa su sufrimiento en la cruz, es del diablo.
2 Y cualquiera que pervierte las palabras del Señor para satisfacer sus propios deseos, y dice que no habrá resurrección ni juicio, es el primogénito de Satanás.
3 Por tanto, dejando la vanidad de muchos y sus falsas doctrinas, volvamos a la palabra que nos fue dada desde el principio, velando en la oración y perseverando en el ayuno.
4 Suplicando al Dios que todo lo ve que no nos deje caer en tentación; como dijo el Señor: El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.
5 Por tanto, aferrémonos sin cesar a aquel que es nuestra esperanza y la garantía de nuestra justicia, Jesucristo, quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero; quien no cometió pecado alguno, ni se halló engaño en su boca, sino que padeció todo por nosotros para que vivamos por medio de él.
6 Imitemos, pues, su paciencia; y si sufrimos por causa de su nombre, glorifiquémoslo, pues este es el ejemplo que él nos ha dado por medio de sí mismo, y así hemos creído.
7 Por tanto, os exhorto a todos a que obedezcáis la palabra de justicia y ejercitéis toda paciencia, la cual habéis visto expuesta ante nuestros ojos, no solamente en los bienaventurados Ignacio, Zózimo y Rufo, sino también en otros entre vosotros, y en el mismo Pablo y en los demás apóstoles;
8 Confiados en esto, que todo esto no ha corrido en vano, sino que con fe y justicia han ido al lugar que les correspondía de parte del Señor, con quien también padecieron.
9 Porque no amaron este mundo presente, sino al que murió y fue resucitado por Dios por nosotros.
10 Manténganse, pues, firmes en estas cosas, y sigan el ejemplo del Señor; firmes e inmutables en la fe, amantes de los hermanos, amantes unos de otros; compañeros en la verdad, bondadosos y amables unos con otros, sin despreciar a nadie.
11 Cuando esté en tu poder hacer el bien, no lo demores, porque la caridad libra de la muerte.
12 Sométanse unos a otros, manteniendo una conducta ejemplar entre los gentiles, para que, mediante sus buenas obras, reciban alabanzas y el Señor no sea blasfemado por su causa. ¡Ay de aquel por quien el nombre del Señor sea blasfemado!
13 Por tanto, enseñad a todos los hombres la sobriedad, en la cual también vosotros mismos os ejercitáis.

CAPÍTULO 4

1 Me aflige profundamente lo sucedido con Valente, quien fue presbítero entre vosotros, pues no comprendió el cargo que le fue asignado en la iglesia. Por eso os exhorto a que os abstengáis de la codicia y seáis castos y veraces en el hablar.
2 Guardaos de todo mal. Porque el que no puede gobernarse a sí mismo en estas cosas, ¿cómo podrá enseñárselas a otro?
3 Si un hombre no se guarda de la codicia, será contaminado con idolatría y será juzgado como si fuera un gentil.
4 Pero, ¿quién de ustedes ignora el juicio de Dios? ¿Acaso no sabemos que los santos juzgarán al mundo, como enseña Pablo?
5 Pero no he percibido ni oído nada de este tipo en vosotros, entre los cuales trabajó el bienaventurado Pablo, y que son nombrados al principio de su Epístola.
6 Porque él se gloría de vosotros en todas las iglesias, los únicos que entonces conocían a Dios; pues nosotros entonces no le conocíamos. Por eso, hermanos míos, siento mucha pena por él y por su esposa; a quienes Dios les conceda un verdadero arrepentimiento.
7 Y sed también moderados en esta ocasión; y no consideréis a tales como enemigos, sino llamadlos de vuelta como miembros que sufren y que se extravían, para que salvéis todo vuestro cuerpo; porque haciendo esto, os edificaréis a vosotros mismos.
8 Porque confío en que estáis bien instruidos en las Sagradas Escrituras, y que nada os es oculto; pero ahora no me es concedido practicar lo que está escrito: «Airaos, pero no pequéis»; y otra vez: «No se ponga el sol sobre vuestro enojo».
9 Bienaventurado el que cree y recuerda estas cosas; lo cual también espero que hagas.
10 Ahora bien, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y él mismo, que es nuestro sumo sacerdote eterno, el Hijo de Dios, Jesucristo, los edificará en la fe y en la verdad, en toda mansedumbre y benignidad, en paciencia y longanimidad, en tolerancia y castidad.
11 Y os dará heredad y porción entre sus santos; y a nosotros con vosotros, y a todos los que están bajo los cielos, que crean en nuestro Señor Jesucristo, y en su Padre que lo resucitó de entre los muertos.
12 Oren por todos los santos; oren también por los reyes y por todos los que están en autoridad; y por los que los persiguen y los odian, y por los enemigos de la cruz; para que su fruto sea manifiesto en todos, y para que sean perfectos en Cristo.
13 Me escribisteis, vosotros y también Ignacio, que si alguien iba de aquí a Siria, debía traer vuestras cartas consigo; de lo cual también me ocuparé, tan pronto como tenga una oportunidad conveniente; ya sea por mí mismo o por aquel a quien enviaré por vuestra cuenta.

14 Las epístolas de Ignacio que él nos escribió, junto con las demás que han llegado a nuestras manos, os las hemos enviado según vuestra orden; las cuales se adjuntan a esta epístola.
15 De las cuales podemos sacar mucho provecho; porque tratan de la fe y la paciencia, y de todas las cosas que pertenecen a la edificación en el Señor Jesús.
16 Lo que sabes con certeza acerca de Ignacio y de los que están con él, dínoslo.
17 Si estas cosas os he escrito por medio de Crescens, a quien por esta presente epístola os he recomendado, y ahora vuelvo a recomendar.
18 Porque entre nosotros se ha comportado sin reproche; y supongo que también entre vosotros.
19 También tendréis consideración hacia su hermana cuando venga a vosotros.
20 Estad seguros en el Señor Jesucristo, y gozad del favor de todos los vuestros. Amén.